

# 7 voces miradas

## Peripecias de la brigada poética en el reino de los autómatas

**Alberto García-Teresa (Madrid, 1980)**

Doctor en Filología Hispánica. Crítico literario. Ha dirigido publicaciones de literatura fantástica y coordinado ciclos de poesía en *Traficantes de sueños*, *la Marabunta*, *La Libre del Barrio*. Ha publicado los poemarios *Hay que comerse el mundo a dentelladas* (Baile del Sol, 2008), *Oxígeno en lata* (Baile del Sol, 2010), *Peripecias de la Brigada Poética en el reino de los autómatas* (Umbralles, 2012), *Abrazando vértebras* (Baile del Sol, 2013). Y una versión de su tesis doctoral: *Poesía de la conciencia crítica (1987- 2011)* (Tierradenadie, 2013).

Pequeños relatos, poemas en prosa, en ocasiones cercanos al aforismo o con toda la luminosa fuerza, el estallido metafórico de las greguerías de Gómez de la Serna. También crónica periodística, pues hay aquí un relato y una acción. Se nos cuenta la insurrección de la palabra poética en el reino de los autómatas. Frente a la pérdida de significado y la degradación del lenguaje, frente a la reducción de todo lo vivo a mercancía, la expropiación de lo común, de los empeños y sueños colectivos; la acción que restituye vida y sentido. Peripecias de unos brigadistas que van incendiando las calles con lo insólito, la irrupción de lo nuevo. La ciudad, el inmenso supermercado en el que no vivimos salta por los aires. Los cajeros automáticos dispensan endecasílabos, las palabras en desuso vuelven a utilizarse, se detienen los coches, estallan los centros comerciales. Hay una inmensa confianza en la poesía. Pero hay también ironía, no ingenuidad. Se nos viene a decir: todo esto es posible, si quisiéramos que fuera posible. Y los brigadistas, y las brigadistas, han decidido que ya es el momento. Y se han lanzado a las calles. Si encuentra unos versos en una farola, en la puerta del lavabo de una cafetería, en la parada del autobús; ya sabe quienes son. Están aquí. Y quién sabe... a lo mejor es posible detenerse, leer los versos, mirar la realidad con una mirada distinta. Y actuar. La Brigada poética ya lo está haciendo, en la estela de los situacionistas, de lo que nos cuenta el gran Julio Cortázar en *El libro de Manuel*. Siga el reguero de sílabas hasta el cuartel secreto de la Brigada Poética y súmese a esta desconcertante insumisión de las palabras. Aquí cada verso, cada relato, cada historia, cada acción, cada persona es necesaria.

Antonio Crespo Massieu

La Brigada Poética sembró de poemas manuscritos la ciudad. En hojas de cuadernos escolares, en el reverso de octavillas de publicidad, copiaron versos de Miguel Hernández, de Gabriel Celaya y Leopoldo de Luis, y los pegaron en farolas, bancos, árboles, esquinas. Los dejaron abandonados en los asientos de los tranvías, en los guardaqueipajes del tren, en los mostradores de los bares, al acecho de los incautos ciudadanos.



Alteraron las máquinas canceladoras de billetes de los autobuses y, aquella mañana, sus pequeñas pantallas deseaban a los viajeros buen viaje con metáforas de Huidobro.



Con una hábil manipulación del mecanismo, la Brigada Poética consiguió que el cajero automático de la esquina dispensara endecasílabos.



No hay cerrojo que se resista a un aforismo de Rafael Pérez Estrada.



La Brigada Poética propone aprender del haiku a vivir de manera austera, plena y esencial, y del palíndromo a observar del revés la realidad.

En un fenomenal juego de pistas, la Brigada Poética alteró el lunes por la mañana los planos y rótulos del metro, sustituyéndolos por versos de Bretch. Adornaron los vagones con fragmentos de poemas de Neruda engarzados en cadenetas, depositaron cientos de lapiceros y cuadernillos en los asientos y así construyeron una verdadera ruta poética suburbana.



En las misiones de rescate en la montaña, o para rastrear personas vivas bajo un edificio derrumbado, la Brigada Poética da a oler a los perros poemas de Roque Dalton para que lleguen antes hasta los supervivientes.



Para pasar al otro lado, la Brigada Poética tendió poemas de T.S. Elliot sobre la autopista.



Desde Torre Europa, la Brigada Poética comenzó a desmenuzar, letra a letra, y a lanzar al vacío los poemas de Blas de Otero, regando la ciudad con vocales y consonantes que aleteaban mágicamente con el reflujos de los automóviles.



La mejor manera de apuntalar cualquier edificio es empleando la poesía vertical de Roberto Juarroz.

Tras sembrar cuidadosamente sílabas largas y breves, con la lluvia  
consiguieron que entre las grietas del asfalto manaran versos de  
Catulo.



Aquel brigadista siempre lleva envuelto en papel de aluminio un  
poema de Anna Ajmatova para los ratos muertos.



La Brigada Poética colocó a cada joven que salió el sábado de marcha  
una pegatina con varios sustantivos o adjetivos. Con cada copa y  
cada flirteo, los jóvenes construyeron un poema vivo efímero que  
desapareció con la llegada del amanecer.



La Brigada Poética ha manipulado el fotomatón de la calle Mayor.  
Cada vez que se acciona, en lugar de expedir fotografías, imprime el  
poema que cada persona retratada lleva dentro.



Por el reguero de sílabas se puede llegar al cuartel secreto de la  
Brigada Poética.

Soltaron 300 versos surrealistas de Aleixandre y Aragon por los conductos de ventilación de la oficina. Nunca antes los trabajadores habían tomado aire con tanto brío, con tanta energía; con tanta conciencia de respiración.



¡Cómo se entorpece la carrera de los carritos del supermercado cuando tropiezan con las sílabas de Jorge Riechmann que la Brigada Poética ha dispersado por el suelo!



En la unidad de Cardiología del hospital, tras la iniciativa de la Brigada Poética, se están ya implantando marcapasos con versos de Walt Whitman para ayudar al bombeo del corazón.



Precintaron las excavadoras con poemas de Salvatore Cuasimodo.



Después de una minuciosa estrategia de la Brigada Poética, las tuneladoras que agujereaban los cimientos de la ciudad en busca de nuevas carreteras se vieron sorprendidas por varias docenas de cantatas deshilachadas. Las perforaciones tuvieron que ser suspendidas pero, como suele ocurrir en estos casos, los operarios apelaron a la dinamita: volaron los versos y siguieron asfaltando.

A cada pareja que encontraron en el parque, la Brigada Poética dejó un poema de Pedro Salinas aún caliente sobre su abrazo.



Para limpiar las legañas y desprezarse bien los ojos por la mañana, la Brigada Poética restriega con energía poemas de Margaret Atwood sobre los rostros de los usuarios del Metro.



Para acallar la banalidad del discurso cultural actual, la Brigada Poética se persona en cada entrega de un premio literario y, megáfono en mano, da rienda suelta a un torrente incontenible de versos humanos.



Los niños trazaban poemas de Jean Arp en el suelo y saltaban sobre ellos, a modo de rayuela, al tiempo que adivinaban las formas de las nubes.



La Brigada Poética sentencia que la mejor brújula sigue siendo “Espacio” de Juan Ramón Jiménez.



Frente a la cultura individualista de usar y tirar, la Brigada Poética postula la cultura del romance: reutilización y mejora colectiva.